

Para una interpretación del ente de Parménides

ANTONIO MILLÁN PUELLES
Instituto de Albacete, Universidad de Murcia

Las consideraciones que de una manera sumaria encuadran aquí una concepción de la idea parmenídica del ente se hallan regidas por dos motivos fundamentales: 1º) la presunción de que la doctrina de Parménides no constituye, en verdad, un estudio del ser; 2º) la pretensión de abordar aquella idea desde la perspectiva de una rigurosa ontología.

Naturalmente, no se trata de poner en cuestión si esa doctrina constituye un sistema ontológico acabado. Es indudable que no hay tal cosa en Parménides. Y hasta podría asentirse a esta otra proposición más radical: Parménides habría bloqueado al ser en sí mismo, de tal suerte, que haría imposible concluir su estudio, porque la indagación del último principio del ser estaría ahogada por la propia excelencia y exclusividad de su concepto del ente. Para todo ello, no obstante, precisaría que comenzásemos por reconocerle un estricto carácter ontológico. Ahora bien, justamente es ahí donde la inmoderada prisa de los historiadores de la filosofía, harto preocupados por encontrar preanuncios y anticipos, ha introducido la confusión. Porque, en efecto; acaso la situación quedase perfectamente clara, si se ensayase pensar que Parménides no ha descubierto de veras el ente ontológico.

Urge advertir ante todo que el $\delta\upsilon\text{-}\kappa\lambda\acute{\epsilon}\omicron\nu$ de Parménides no es el que se obtiene en el grado tercero de la abstracción formal. Lo que se llama abstracción metafísica prescinde por completo de toda materia sensible e inteligible, en tanto que el ente de Parménides es una esfera perfectamente redondeada y equilibrada en todas sus partes; es un ser, cuando menos, dotado de materia inteligible. No es obligado, sin embargo, extremar la benevolencia. Ese ser tiene grueso, es lo lleno. Precisamente por ello atacará Melisso a su maestro. ¿Cuál es, pues, el sentido de ese $\delta\upsilon$?

No siendo el del ente ontológico y diciéndose, por otra parte, que es "lo lleno", podemos utilizar esta fórmula: Parménides entiende por ente "lo que hay", "lo que existe"; y habrá que añadir inmediatamente: y eso que hay es, para él, lo lleno. El $\delta\nu$ -πλέον viene a ser una fórmula de la totalidad existencial, su fórmula más breve y económica. Con su concepto de la ἀρχή, que se refiere como una causa a la totalidad de los seres, los jónicos habían iniciado al pensamiento en su universal referencia a la totalidad. Pero Parménides, habituado a pensarla gracias a sus predecesores, habría sabido ceñirla en un concepto apretado, en una fórmula esquemática: el concepto del $\delta\nu$, de lo que hay o existe.

¿Y qué es eso que existe? Esta pregunta es extraordinariamente capciosa. Hágase, en efecto, el esfuerzo de imaginar cuál hubiese debido ser la respuesta perfectamente adecuada de Parménides. Sin duda, habría tenido que decir que lo que hay es el haber, que lo que existe es el existir. Dicho de otra forma: para Parménides el "ente" era el "ser". ¿Por qué, pues, dice que "lo lleno"? Acaso pudiera pensarse que Parménides, al descubrir el ente en toda su inmaterialidad, hubiese experimentado una especie de horror al vacío, viéndose obligado a rellenarlo de algo, pero pugnando a la vez por retener la pureza completa de su concepto. Algo así, como si se hubiese curado de su horror psicológico al vacío con el error ontológico del lleno.

Nada de esto es imposible, pero tampoco necesario. Volvamos, en cambio, a la pregunta capciosa. El sentido fecundo de la pregunta ¿"qué es lo que existe"? consiste en desviar de la existencia y conducir a la esencia. Con esto no se dice que Parménides se planteara explícitamente la cuestión. Pero era preciso que, de alguna forma, se interrogase a sí mismo sobre la ingrediente esencial del ente. Pues bien, si ahora se vuelve a la afirmación de que el ente es lo lleno, podrá verse con toda claridad que en ella no se define al ente ni se le intenta definir. Lo único que se pretende es captar su sentido "esencial", a saber, *lo que existe*.

Cuando Parménides se vió forzado a buscar la ingrediente esencial de lo que existe, no tenía por qué identificar eso que existe con su propio existir; por el contrario, si hacía tal búsqueda, era precisamente guiado por la imperiosa necesidad de distinguirlos. Pero una vez que sabe qué es aquello que existe, parece olvidarse de la distinción y

proclama la ecuación. El doble sentido de lo pleno como grosor y materialidad, de una parte, y como plenitud de ser, por otra, juega aquí un papel superior al de un mero equívoco. Y si se quiere mantener su carácter de equívoco, habrá que hacerlo con un imprescindible aditamento: se trata de un equívoco *necesario* para entender a Parménides. Adviértase, en efecto, que el mutuo comportamiento de la esencia y la existencia en la criatura se explica en una terminología que incluye y rebasa en un cierto sentido a la noción de materia. Se dice que la esencia se comporta como materia, y la existencia como forma. Pero cuando Parménides, impulsado por la necesidad de pensar en la ingrediente esencial del *ὄν*, dice de ella que es lo lleno o materia, no afirma que ésta, a su vez, se comporte *como materia*. Sino precisamente esto otro: que es el ser. Y ahora diríamos que, para que hubiese afirmado lo mismo que nosotros, habría tenido que pensar también en un elemento formal del ente. Pero es el caso que Parménides, al pensar en ese elemento formal, no piensa en él también, sino en él *solamente*.

En suma, la concepción de Parménides puede ser resumida de esta forma: *una metábase de la materia al ente*, respecto de la cual podría decirse que ni la materia pudo llegar a más ni el ser a menos. Los atributos que constituyen los dos recios pilares de la llamada ontología de Parménides, a saber, la unidad y la inmutabilidad del ente, no son realmente otra cosa que la continuidad e inmutabilidad fundamentales de la materia, ya conocidas por los primitivos jónicos, pero ahora expresadas en una pregnante formulación. El pensamiento parmenídico de la unidad del ente expresa que lo que existe, lo que hay en el mundo, es una materia sin solución de continuidad, toda vez que el haber varios "lentos" implica que lo lleno no sea el mismo ser, sino una esencia que se comportase receptiva y materialmente respecto del existir. Y cuando Parménides habla de la inmutabilidad del ente no está afirmando otra cosa sino que lo que hay es, en definitiva, una materia eternamente idéntica a sí misma.

La consecuencia más inmediata entre los griegos hubo de ser la consideración de lo material como último substrato del cosmos. Pero más tarde, cuando la materia fué reducida a *uno* de los principios constitutivos del ser material, vino a cargarse — y ello entra, sin duda, en el haber de Parménides — de peso óntico, de auténtica realidad, viniendo de esta forma a constituirse en un *coprincipio entitativo*.